La 'arquitectura conceptual' de la lingüística histórica pidalina o la historiografía lingüística como (re)construcción de aparatos teóricos y metateóricos. A propósito de Carlos Garatea Grau: El problema del cambio lingüístico en Ramón Menéndez Pidal. El individuo, las tradiciones y la historia. Tübingen: Günther Narr (Romanica Monacensia, 69), 2005.

El lugar preferente que, en la génesis y desarrollo de la filología hispánica, ocupa la figura de Ramón Menéndez Pidal sólo es equiparable a la posición, igualmente destacada, que ostenta su nombre en los estudios de historiografía lingüística. A las semblanzas biográficas realizadas por sus discípulos más directos[1] o las biografías más extensas de Conde (1969), Pérez Villanueva (1991)[2] y Pérez Pascual (1998), que, inevitablemente –como ocurre en la "Historia de la Historia" que acompaña a la edición de Catalán (2005) de la *Historia de la lengua española* pidalina–, funden la trayectoria vital y académica del maestro, se han sumado, a lo largo de varias décadas, numerosos artículos sobre aspectos más concretos del pensamiento de Menéndez Pidal[3]. En los últimos años, se han agregado a esta ya copiosa producción bibliográfica nuevos artículos, monografías y actas de coloquios o congresos, auspiciados, en parte, por la celebración, en 2004, del primer centenario de la publicación del *Manual de gramática histórica*. En un reciente estado de la cuestión, Julio Arenas Olleta (2006a) señalaba la confluencia, junto a esta efeméride, de otras dos circunstancias que, en su opinión, han favorecido la "efervescente actividad historiográfica" (Arenas, 2006a: 237) desatada últimamente en torno a la obra de Menéndez Pidal[4]–: "la consolidación en nuestro país de la historiografía de la lingüística", que proporciona "el marco metodológico y las circunstancias institucionales

[1] Castro (1959), Alonso –recogidas en el volumen IV de sus *Obras completas* (1975)– o Lapesa (1979).

[2] Reseñada por Girón (1994).

[3] Como los varios que han dedicado a don Ramón estudiosos como Abad Nebot, Meier (1968), Rabanales (1970), Ridruejo (1999) o el propio Garatea (2005). La ordenación cronológica de la producción bibliográfica –biografista primero, luego historiográfica y en muy rara ocasión, incluso en nuestros días, epistemológica– a que la figura de don Ramón ha dado lugar revela una preciosa fotografía de la evolución sufrida por el cariz de las reflexiones sobre la fundamentación teórica y científica de la lingüística en el mundo hispánico. Así, paulatinamente, las primeras explicaciones "adanistas", en las que el origen de una determinada disciplina o línea de investigación se atribuía "al trabajo excepcional de un individuo" (Arenas, 2006a: 235), de forma que "las grandes figuras de nuestra cultura parecen surgidas de la nada en un genial acto de autocreación" (Portolés, 1986: 21), se ven sustituidas por sucesivos intentos de enmarcar las contribuciones pidalinas en el contexto filosófico-científico de fines del siglo XIX, época de su formación intelectual, que tratan de valorar la obra de don Ramón, tanto en lo que tiene de original, como en lo que adeuda al espíritu de su tiempo.

[4] La nómina de trabajos que tal efervescencia historiográfica ha propiciado, de los que me es imposible dar cuenta en estas páginas, se puede encontrar en la citada contribución de Arenas (2006a) a las *Actas del V Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, al que remito también para las referencias completas de Castro (1959), Meier (1968), Conde (1969), Rabanales (1970), Lapesa (1979), Pérez Villanueva (1991), Girón (1994), Pérez Pascual (1998), Ridruejo (1999) y los trabajos de Abad Nebot.

adecuadas para abordar este campo de investigación" y el hecho de que asistamos, en la actualidad, a "una etapa de revisión teórica de los pilares en los que se asienta la lingüística histórica románica en general en toda Europa" (Arenas, 2006a: 238-239), incluidos los más fundamentales, los de la ecdótica y la crítica textual, que desde hace relativamente poco tiempo vienen removiendo Pedro Sánchez-Prieto Borja (2006) o Inés Fernández-Ordóñez (2002, 2006), acompañados, entre otros, por Javier Rodríguez Molina (2004, 2006).

En este contexto, *El problema del cambio lingüístico en Ramón Menéndez Pidal. El individuo, las tradiciones y la historia* es la primera obra monográfica dedicada íntegramente al pensamiento lingüístico del autor de *Orígenes del español*. En este libro –gestado como tesis doctoral en la Universidad de Múnich, bajo la dirección del profesor Wulf Oesterreicher–, Carlos Garatea Grau se propone "analizar críticamente los conceptos que Menéndez Pidal emplea en sus razonamientos sobre las mudanzas lingüísticas y la formación del español como lengua nacional", asumiendo, para ello, que "Menéndez Pidal tuvo una particular *concepción del cambio lingüístico*, perceptible en los razonamientos recogidos en distintos pasajes de su obra y que, no obstante una aparente *dispersión expositiva*, es posible reconocer en ellos un *sistema teórico* que une conceptos y métodos de investigación" (pág. 3; la cursiva es mía).

Como se puede inferir de esta cita, la contribución de Garatea no se presenta, desde una óptica epistemológica, como una tarea meramente historiográfica, en el sentido de limitarse a realizar la crónica, ordenación y contextualización de las ideas lingüísticas del autor cuya obra se analiza. Más bien trata de ser una empresa de carácter decididamente interpretativo, cuyo objetivo es conferir una articulación sistemática a una serie de conceptos a los que su artífice originario no dio nunca la forma de un aparato teórico bien trabado. Como justificación de este proceder, en un artículo del mismo año que su monografía, Garatea aduce la siguiente razón:

> la obra de Menéndez Pidal es una obra en permanente construcción. Todos sus trabajos son siempre punto de partida para investigaciones posteriores. Cada hipótesis, cada concepto y, en ocasiones, descripciones o datos particulares, que a simple vista parecen aislados entre sí, son frecuentemente integrados y, con el pasar de los años y el avance de las investigaciones realizadas por el autor, constituyeron un sistemático armazón conceptual (2005: 387)[5].

Puede que una labor de (re)construcción teórica de este tipo no guste a quienes estén más familiarizados con los escritos de don Ramón. Quizá no resulte fácil aceptar, en todos los casos, las necesarias dosis de abstracción e idealización que la interpretación por la que apuesta Garatea requiere. Efectivamente, el peligro de incurrir en la *sobreinterpretación* acecha a cual-

[5] Cf. también las opiniones al respecto de Ortega y Gasset –que Garatea cita en la pág. 22– y de D. Alonso (1975).

quier intento de hacer inteligible la estructura o arquitectura –término preferido por Garatea– subyacente al vasto edificio que constituye la obra de Menéndez Pidal. Pero éste es precisamente el cometido de la filosofía de la ciencia[6] y, por ende, de la historiografía con pretensiones epistemológicas, a la que, a mi modo de ver, pertenece esta obra.

En todo caso, tampoco se puede considerar que Garatea haya sido pionero en el propósito de insertar los principales conceptos lingüísticos pidalinos en el seno de aparatos teóricos mejor articulados –o, simplemente, articulados, sin más–. Si no me equivoco, esta meta guía ya el primer libro publicado por Diego Catalán, en el que, amparándose en unas palabras de Amado Alonso[7], busca presentar "la concepción lingüística de la escuela española, de Ramón Menéndez Pidal y Amado Alonso sobre todo, *desperdigada* en sus múltiples obras" dentro de "un *sistema unitario* y *coherente*" (Catalán, 1955: 9; la cursiva es mía). En este sentido, *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje* (Catalán, 1955) engarza con la última contribución del nieto de don Ramón a la obra de éste, la edición de la *Historia de la lengua española* (Menéndez Pidal, 2005)[8].

---

[6] Tal como señalan Díez y Moulines (1999[2]: 23): "Como en muchos otros campos, la investigación teórica de cierto ámbito de la realidad y de las entidades presentes en el mismo (investigación que en nuestro caso es metateórica, pues se trata de formular teorías –filosóficas– sobre las teorías científicas y sus diversos componentes) consiste en de-sarrollar cierta interpretación de dicho ámbito. [...] Como cualquier otra ciencia de la cultura que haya alcanzado un mínimo nivel de abstracción y de articulación sistemática, la filosofía de la ciencia se caracteriza por construir *modelos interpretativos* de las entidades estudiadas, en nuestro caso los constructos científicos. Estos modelos interpretativos no son, por su naturaleza más propia, ni códigos de conducta, ni recuentos de datos; por el contrario, se trata de marcos teóricos, que usan conceptos específicos, generalmente de un considerable nivel de abstracción e "idealización", cuya finalidad es hacer *inteligibles* las estructuras esenciales de ese vasto edificio que es la ciencia".

[7] "Toda interpretación de los hechos particulares se cimienta en alguna concepción básica del lenguaje como fenómeno general, en unos conscientemente buscada, criticada y mantenida, en otros gregaria y pasivamente admitida" (Amado Alonso, *ápud* Catalán, 1955: 9).

[8] Por coherencia con sus propios planteamientos –no podía ser de otro modo–, Garatea (2006: 158) la considera obra de Menéndez Pidal y no del editor. De hecho, en el capítulo que Catalán titula "Del lenguaje en general. Ensayo de una presentación de la Historia de la Lengua", encuentra Garatea reflejadas ideas de don Ramón sobre las que él llama la atención en su libro y que vuelve a destacar en su reseña de la *Historia de la lengua española* de Pidal, quien, en su opinión, en las páginas que encabezan el segundo tomo, no sólo:

"niega la validez del naturalismo impulsado por Schleicher, disiente del romanticismo, matiza el alcance del idealismo de Vossler, descalifica el mecanicismo de las leyes fonéticas (II, 49 y ss), no admite el vínculo entre la raza o el clima con la evolución de la lengua como, en ocasiones, sugieren Dauzat y Ascoli sino antepone causas históricas (II, 29-31), no oculta su incredulidad ante algunas explicaciones de Meillet (II, 31), ni deja de cuestionar el exceso de positivismo de Meyer-Lübke (II, 37) (Garatea 2006: 159);

sino que, con

"*poco* [...] *que envidiar a las ideas introducidas por la pragmática contemporánea*, [e]n la *Historia* escribe: la vida de un idioma "es resultado de los actos de hablar y de los actos de oír, y de las reacciones de los unos sobre los otros" (II, 13), "el hablante no crea el lenguaje en cada acto de hablar; crea una expresión nueva estrechado entre formas muy precisas impuestas por la tradición (...) crea su habla en contraste y ajuste continuos con la comprensión del oyente y con el uso general de otros hablantes" (II, 12) [...]" (Garatea, 2006: 161; la cursiva es mía).

Obviamente, con presentaciones de su obra como las de Garatea o Catalán, no extrañaría que "el lector recono[ciese] en la obra pidaliana hipótesis que parecen resonar en la teoría lingüística de los

Pero centrémonos ya en la estructura y el contenido de *El problema del cambio lingüístico en Menéndez Pidal*, con el fin, asimismo, de reconstruir el aparato argumental que sostiene la trabazón interna con que Garatea hila los conceptos lingüísticos que halla dispersos en distintascontribuciones de don Ramón. Entre ellas sobresalen su reseña a *La frontera catalano-aragonesa. Estudi geogràfico-lingüístic* –título que se cita sin la debida acentuación catalana– de Griera (1916), el artículo "Sobre geografía folklórica. Ensayo de un método" (1920) y –cómo no– *Orígenes del español* (1926) –en cuya reproducción alternan la escritura en mayúscula y minúscula de *español*–.

El libro está dividido en dos partes. La primera, titulada *Ramón Menéndez Pidal: su época y su trabajo filológico*, está, a su vez, divida en tres capítulos: I. "La paciencia del ánimo" II. "La crisis de fin de siglo y la Generación del 98: las tradiciones castellanas" y III. "Líneas generales de un método de trabajo filológico". En ellos se pretende dibujar el perfil intelectual de Menéndez Pidal, a partir de las influencias recibidas en sus años de formación, destacando su relación con autores españoles y europeos con los que tuvo relación directa o a través de sus libros. A este respecto, se hace hincapié, sobre todo, en la herencia filológica y metodológica recibida de Gaston Paris –cuyo nombre aparece escrito, en clara errata, como *Gastón Paris*– y en la comunión ideológica de don Ramón con la generación del 98, a la que Garatea lo adscribe. La segunda parte, *Los hablantes y las tradiciones en la formación del español*, consta, también, de otros tres capítulos: IV. "Los individuos hablantes y el cambio lingüístico", V. "El castellano en la formación del español" y "VI. El hablar y los textos: el registro del cambio lingüístico". En ellos, una vez asumida la importancia, en la obra de Pidal, de ideas noventayochistas como el del mito de Castilla (2.2.) o la noción de *intrahistoria* (2.3.) –término de ortografía dispar en el libro, pues alterna con *intra-historia*–, éstos se ponen en relación con conceptos más específicamente lingüísticos, como el *tradicionalismo* (IV), el *estado latente* o el *sustrato* (V), que Garatea considera insuflados de noventayochismo.

En varias ocasiones, Garatea repite que renuncia a buscar posibles influencias de autores o corrientes de pensamiento en la obra y las concepciones sobre historia lingüística y literaria de Menéndez Pidal[9]. Sin embargo, en el PRIMER CAPÍTULO, junto a una "Información bibliográfica" (1.3.) –para cuya redacción se apoya en Vázquez de Parga (1964)– y una breve noticia de Menéndez Pidal como investigador (1.2.) y de la escuela de filología a la que dio origen (1.4.), lo que ofrece es, precisamente, un pa-

últimos años" (Garatea, 2006: 162). Otra cosa es que tales formulaciones hayan salido realmente de la pluma de don Ramón y, aun si así fuera, que entrañen tanta modernidad como sus intérpretes quieren conferirles.

[9] Que dice evitar "para no caer en el peligroso terreno de las especulaciones históricas y, sobre todo, por el riesgo de desmontar íntegramente la arquitectura de una obra bien construida y convertirla, más bien, en un entramado de vínculos y parentescos intelectuales" (pág. 9; cf. también págs. 3, 22-24, 51-52, 61).

norama de los "Contactos intelectuales y relaciones [mantenidas por don Ramón] con la filología europea" (1.2.), que sirve para "enmarcar la obra pidaliana en el contexto general del desarrollo de la filología y de la romanística europeas" (pág. 3). Entre los españoles, destaca a Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo, y Giner de los Ríos. Entre los extranjeros, en el ámbito de la filología francesa, las dos figuras más importantes son Gaston Paris y Joseph Bédier[10]. Se mencionan, además, los nombres de Pío Rajna, Croce, Vossler, Diez, Grimm, Meyer-Lübke o Schuchardt.

Estas filiaciones habían sido ya advertidas por Portolés, que consideraba a Menéndez Pidal exponente de un *historicismo positivista*, heredado, en parte, del *krausopositivismo* de Giner de los Ríos y destacaba, como los dos pilares fundamentales sobre los que se erigía su obra, "el tradicionalismo y el evolucionismo, imbricados en un armonioso conjunto teórico" (Portolés, 1986: 21), el segundo de los cuales "forma parte de la filosofía dominante en España en su época de formación" y "hunde sus raíces en las corrientes positivistas de la Europa de fines de siglo" (Portolés, 1986: 32). Garatea se hace eco, en reiteradas ocasiones a lo largo de este primer capítulo, de las ideas de Portolés. El *tradicionalismo* es, también para él, uno de los ejes fundamentales de la obra de don Ramón. Sin embargo, en ningún momento menciona el concepto de *evolucionismo*, de connotaciones claramente darwinistas, que incluso sirve a Portolés para trazar un paralelismo entre el concepto de *estado latente* pidalino y el de *eslabones perdidos de la evolución* de Darwin:

> El biólogo británico supone que un tipo de primate fue evolucionando hasta constituir la especie humana, lo que, para demostrarlo, precisa de investigaciones paleontológicas que hallen los 'eslabones perdidos'; de un modo similar Menéndez Pidal indaga entre manuscritos antiguos para encontrar aquéllos que documenten estadios intermedios del idioma o de una composición tradicional permitiendo relacionar otros conocidos. Ahora bien, Darwin propone una razón –podía haber dado otras muchas– para explicar la evolución de las especies: lo han hecho con el fin de estar mejor dotadas para la supervivencia. Asimismo, en la teoría de nuestro filólogo la "tradición" ha guiado la evolución del lenguaje (Portolés, 1986: 43).

El binomio *tradición-evolución* que proponía Portolés es reemplazado por Garatea[11] –que no considera siquiera necesario detenerse a discutirlo– por el que conforman "hablantes y tradiciones", que, a su parecer, "son las

[10] "[E]n el primero encuentra don Ramón un maestro, con cuyas interpretaciones coincide en algunas de sus investigaciones[...] [;en] el segundo [...], por el contrario [...], un antagonista hecho a su medida" (pág. 12).

[11] De hecho, Garatea parece considerarlo oxímoron, a juzgar por estas palabras: "Su decidida opción por el tradicionalismo [omito nota] es, por cierto, *o-tro* reflejo de su distanciamiento del positivismo, pues, una vez asumida esta hipótesis, Menéndez Pidal reconstruye y explica sobre esa base los contextos históricos que enmarcan los fenómenos que atraen su atención" (pág. 53; cf. también pág. 67; resalto en cursiva uno de los numerosos casos problemáticos que la división de palabras a final de línea manifiesta a lo largo de todo el libro). Lo cual no obsta, sin embargo, para que reconozca que "una tradición [...] implica, en términos pidalianos, recreación constante y cambio continuo" (pág. 75) y, por ende, "el dinamismo de las tradiciones y su estado de variación permanente. Sus variantes no son únicamente resultado de su modo de transmisión, sino que constituyen su característica esencial, lo que, por cierto, expresa su vigencia y su cultivo entre los miembros de la comunidad" (pág. 78).

dimensiones sobre las que Menéndez Pidal apoya su concepción del cambio lingüístico" (pág. 4)[12]. ¿Qué ha ocurrido? Mientras que para Portolés (1986: 48-49) tanto Menéndez Pidal como los neogramáticos forman parte de un mismo paradigma, el schleicheriano, puesto que, en su opinión, los defensores, como Pidal, de una lingüística dentro de las ciencias del espíritu[13] también son inductivistas, Garatea considera que la adscripción de la lingüística a las ciencias históricas que hace Menéndez Pidal muestra la superioridad de su teoría sobre la neogramática (cf. Portolés, 1986: 49):

> "La influencia de Paris se advierte ya en el primer libro de don Ramón dedicado a *La Leyenda de los Infantes de Lara* (1896). La afinidad entre ambos es favorecida, además, por sus intereses lingüísticos: los dos asumen una perspectiva que no se ciñe rigurosamente a los principios positivistas, sino que responde a una concepción más integral o, si se prefiere, más flexible y amplia que la defendida, por ejemplo, a fines del siglo XIX, por los neogramáticos" (pág. 13); "la interpretación pidaliana carece de afinidad con quienes redujeron la historia de la lengua a la descripción de leyes dotadas de regularidad, simples leyes naturales" (pág. 101).

Evita, por tanto, cualquier connotación biologicista que el término *evolucionismo* pudiera tener, presentando a un Menéndez Pidal superador del positivismo, pero alejado, también, del idealismo:

> los hablantes son valorados como actores principales de los cambios, tanto en los romances como en la lengua, lo que podría reflejar su identificación con el idealismo. Pero la libertad creadora de los hablantes es limitada por una fuerza coercitiva, de carácter social e histórico, que limita sus márgenes de actuación (pág. 21).

Este Menéndez Pidal asume una postura intermedia entre el idealismo y el positivismo[14], de carácter *historicista*:

> en la obra de Menéndez Pidal, las consideraciones históricas son antepuestas, teórica y prácticamente, a toda presunción de regularidad positiva; aún (sic) en el aparente cumplimiento de una ley interpreta don Ramón una manifestación de la vida histórica de la comunidad hablante (pág. 14).

---

[12] Y, de nuevo en la pág. 69, esta vez con explicitación del paralelismo conceptual entre literatura y lengua, que tantas veces se ha señalado con respecto al fundador de la escuela española de filología: "Individuo y tradición son dos pilares fundamentales en la arquitectura conceptual de Menéndez Pidal, pilares que, en un inicio, sostuvieron sus reflexiones sobre la vida de los romances y que, más tarde, trasladó a sus meditaciones sobre la lengua y su historia".

[13] Sobre la oposición entre ciencias naturales y ciencias humanas o del espíritu me extiendo algo más en López Serena (2007), trabajo a cuyas referencias bibliográficas remito para no hacer aún más abultadas las que aquí se ofrecen.

[14] "Todo indica que Menéndez Pidal supo conjugar distintas perspectivas de trabajo conforme fue avanzando en sus investigaciones [omito nota]: por un lado, se aprecia un inicial contacto con el positivismo, explicable por haber sido, durante sus primeros años como investigador el único método de apariencia científica; y, por otro, la presencia progresiva de criterios cercanos al idealismo, pero no restringidos a él, en la interpretación de los hechos, con los que complementa la exposición positiva de sus materiales" (págs. 21-22). "Menéndez Pidal supo mantener un modo de trabajo que le permitió apoyarse en las exigencias metodológicas del positivismo, en lo referido al acopio y la exposición de sus datos, y en una interpretación fuertemente emparentada con algunos principios del idealismo, que podrían rastrearse incluso hasta Humboldt. A esto agregó su concepción tradicionalista de la vida social y cultural española y, así, se libró, parcialmente, de ser catalogado con facilidad como un idealista más, en el contexto europeo de la primera mitad del siglo XX" (pág. 103).

Esto permite emparentarlo con el Coseriu de *Sincronía, diacronía e historia* (1957)[15], y, por ende, con "una perspectiva [–la lingüística de las variedades[16]–] que ha terminado caracterizando a un sector de la actual filología alemana que asume la dimensión tradicional de la lengua, aunque, claro, con el alcance que le da el marco teórico que le sirve de apoyo" (Garatea, 2006: 161).

Sobre este trasfondo epistemológico se edifica la (re)construcción de la arquitectura conceptual del pensamiento de Pidal en torno al cambio lingüístico, que, en el resto del libro, emprende Garatea. Así, en el SEGUNDO CAPÍTULO, se muestra su vinculación con la generación del 98[17], en la medida en que también Menéndez Pidal articuló, aunque lo hiciera desde la ciencia y no desde la literatura, "una interpretación de la historia de España, respaldada en masas de documentos y en la descripción puntual de datos concretos, [...] con la que [–en la línea de Unamuno, Machado o Azorín–] asentó, enérgicamente, la supremacía del espíritu castellano" (pág. 43)[18]. Esta comunión de Menéndez Pidal con las ideas, intereses y preocupaciones intelectuales de la generación del 98 ya había sido señalada por Dámaso Alonso (1975: 89, 99-123)[19] y ha sido después asumida por otros autores (cf., por ejemplo, Portolés, 1986). Lo interesante en el caso de Garatea es, sin embargo, el hecho de que no se limita a mencionar únicamente la exaltación de Castilla como ejemplo de noventayochismo pidalino, sino que analiza de forma bastante minuciosa la intervención de esta ideología en la elaboración del discurso científico de don Ramón,

[15] Otras relaciones con Coseriu se esgrimen en las notas 78 y 79 de las págs. 108 y 109.

[16] Cf., al respecto, López Serena (2002, 2006a, 2006b) y las referencias bibliográficas allí contenidas.

[17] En relación con lo que acabamos de decir sobre positivismo e idealismo, hay que añadir que, para Garatea, es precisamente "la capa idealista de algunos pasajes del trabajo pidaliano [la que] contribuyó a que, muchas veces, don Ramón interprete sus datos en concordancia con la ideología de la generación de la que era parte, pues, de haber mantenido, a lo largo de su producción intelectual, una perspectiva estrictamente positivista, ceñida a una regular y lineal exposición cronológica de los fenómenos, dicha concordancia habría sido imposible de materializar en sus investigaciones o, por lo menos, le habría exigido algún intento de formulación teórica que habría terminado violentando los principios epistemológicos del positivismo. Pero ateniéndose, como hizo, al positivismo, sólo en cuanto método de exposición ordenada y detallada de los hechos, Menéndez Pidal ganó un margen de interpretación lo suficientemente flexible como para incorporar algunos supuestos teóricos tomados del idealismo y, a través de ellos, gracias al margen especulativo que tienen, pudo incorporar consideraciones fundadas en las pretensiones ideológicas de la Generación del 98 y, de esta manera, terminó proyectando en su actividad científica los deseos de este grupo de intelectuales [...]. Cabe, por cierto, la perspectiva inversa: que fue su identificación con los del 98 lo que lo llevó a acercarse al idealismo como marco interpretativo. Pero, en una u otra dirección, el resultado es el mismo: la convergencia de supuestos emparentados con el idealismo y de premisas ideológicas de la Generación del 98" (págs. 104-105).

[18] "La nueva manera de escribir la historia, que promovían los del 98, se refleja también en la exaltación que hace Menéndez Pidal de Castilla y en la descripción de la historia del castellano, como núcleo de la lengua nacional" (pág. 45).

[19] Quien cita los precedentes de Dolores Franco o Pedro Laín. De la misma opinión era Spitzer (cf. la cita incluida por Garatea en la nota 18 de la pág. 56).

hasta el punto de que, a veces, éste parece ser el verdadero propósito del libro. En consonancia con él, en el CAPÍTULO TERCERO, imbrica el binomio metodológico investigación-construcción con el clima intelectual promovido por la "crisis de fin de siglo" al sugerir que el concepto de *tradicionalismo* proviene de la voluntad de destacar, en la historia de la lengua, el papel desempeñado por las "gentes anónimas, en quienes la Generación del 98 concentra su atención, como actores de la historia y de las tradiciones hispánicas". Esto conduce a Pidal a interpretar la información que le ofrecen los documentos estudiados "como parte de una realidad que no alcanza a manifestarse totalmente en los textos pero que, sin embargo, se insinúa en ellos" (pág. 51; 3.2.) y a postular, en consecuencia, la hipótesis del "estado latente" (5.1.), también en estrecha vinculación con la noción de continuidad intrahistórica. La defensa de la tesis del carácter noventayochista de la lingüística pidalina sirve, asimismo, en el CAPÍTULO CUARTO para volver a distanciar a Menéndez Pidal del idealismo romántico, en tanto en cuanto la importancia que don Ramón atribuye a las innovaciones de los hablantes en el proceso de cambio lingüístico lo exime de "caer en el error de atribuir al pueblo español el membrete de ente espiritual o fuerza colectiva, autónoma e independiente, tan común en el romanticismo precedente" (pág. 69). Con todo, "la creatividad individual tiene un espacio limitado para actuar, unos márgenes impuestos por la tradición" (pág. 79) y ""[r]ara vez una de esas invenciones individuales es bastante afortunada para perpetuarse aceptada y asimilada por la muchedumbre" [Menéndez Pidal]" (pág. 80).

Sentadas las premisas anteriores, en el CAPÍTULO QUINTO se rastrea la presencia del mito de Castilla y la "cuña castellana"[20], la noción de intrahistoria, la perspectiva del tradicionalismo y los conceptos de estado latente y sustrato en la historia que de la formación del español a partir del dialecto castellano ofrece *Orígenes*. Y, por último, en el CAPÍTULO SEXTO se aborda la cuestión de la relación entre lo oral y lo escrito en "el acceso de una lengua vulgar a una dimensión, la escritura, en principio asegurada y mantenida en latín" (pág. 187). Ahora bien, a diferencia del resto de interpretaciones sobre las concepciones lingüísticas de Pidal que ofrece Garatea en los cinco capítulos anteriores, en relación con este asunto –de importancia vertebral en la lingüística de las variedades alemana, heredera del legado coseriano, ya mencionada[21]– sí que tenemos, a veces, la impresión de que las palabras de don Ramón se fuerzan en demasía. Dado que no puedo extenderme

[20] Imagen menos poética que la del varillaje de abanico que prefiere Dámaso Alonso (1975: 139): "vemos el núcleo castellano –con sus muy especiales características– rasgar, entre León y Navarra, la relativa uniformidad, de mar a mar, de las hablas peninsulares; la brecha abierta, luego comienza a ensancharse, y el castellano se vierte hacia el Sur y se abre como el varillaje de un abanico; más tarde, saltará los mares y llenará inmensas extensiones, en América y en otras partes del globo".

[21] A este respecto, cf., sobre todo, Kabatek (2005), que tuve oportunidad de reseñar en el número anterior de esta revista.

en excesivas consideraciones al respecto, prefiero dejar a juicio del lector la decisión sobre si, de la cita de Menéndez Pidal con la que termino, es lícito inferir, como sostiene Garatea, que aquél "sitúa sus reflexiones en la dimensión del hablar[, ...] haciendo hincapié en la situación comunicativa que enmarca a todo acto verbal y que exige en el hablante la elección de alguna de las posibilidades expresivas vigentes en su entorno según sus propósitos expresivos pero también según las características del contexto de enunciación" (pág. 189).

La cita en cuestión es la siguiente:

> Lo que más las caracteriza [a las épocas preliterarias] no es la falta de una norma lingüística como a primera vista parece, sino la convivencia de muchas normas que luchan entre sí con muy equiparadas fuerzas. El que habla sigue consciente o subconscientemente ora una, ora otra, de esas normas en lucha; prefiere una u otra, según el tono y la ocasión del discurso, según las influencias pasajeras que se entrecruzan en la mente mientras se produce el acto lingüístico. En la desconcertante variedad de formas que ofrecen nuestros documentos no hemos de ver un revoltijo al azar, sino un sordo combate de tendencias el cual, aunque lenta y oscuramente, traerá en definitiva una victoria y una derrota, y cada victoria irá afirmando con un rasgo más el carácter del romance (Menéndez Pidal, 1926/1986: 526, citado en la n. 1, pág. 188).

Referencias bibliográficas

Alonso, Dámaso (1975): "Menéndez Pidal", *Obras completas*. Madrid: Gredos, vol. 4, 83-170. Incluye: "Menéndez Pidal y la cultura española" [1952/1968], "Menéndez Pidal y la generación del 98" [1969], "Juventud, madurez y ancianidad en la obra de Menéndez Pidal" [1968], "Menéndez Pidal y la lingüística española" [1959], "Un portento de la naturaleza: el nuevo libro de don Ramón" [1959] y "Menéndez Pidal en la *RFE*" [1964].

Arenas Olleta, Julio (2006a): "La *escuela española de filología* desde la historiografía de la lingüística. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas", en A. Roldán *et al.* (eds.), *Caminos actuales de la historiografía lingüística. Actas del V Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*. Murcia, 7-11 de noviembre de 2005. Murcia: Universidad, 235-247.

— (2006b): "¿Qué lugar ocupa el problema del cambio lingüístico en el pensamiento de Menéndez Pidal?" Reseña de C. Garatea Grau, *El problema del cambio lingüístico en Ramón Menéndez Pidal. El individuo, las tradiciones y la historia*, Gunter Narr (Col. Romanica Monacensia, 69), Tübingen, 2005, 254 págs.", *Analecta Malacitana* XXIX, 1, 263-272.

Catalán, Diego (1955): *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje*. Madrid: Gredos.

— (2005): "Una catedral para una lengua. Introducción a la Historia de la Lengua de Menéndez Pidal", en R. Menéndez Pidal, *Historia de la lengua española*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal/Real Academia Española, t. II, 77-354.

Díez, José A. y Carlos Ulises Moulines (1997/1999²): *Fundamentos de Filosofía de la Ciencia*. Barcelona: Ariel (2ª ed. revisada y actualizada).

Fernández-Ordóñez, Inés (2002): "Tras la *collatio* o cómo establecer correctamente el error textual", *La Corónica* 30:2, 105-180.

— (2006): "La Historiografía medieval como fuente de datos lingüísticos. Tradiciones consolidadas y rupturas necesarias", en J. J. Bustos y J. L. Girón (eds.), *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española.* Madrid: Arco/Libros, vol. II, 1779-1807.

GARATEA GRAU, CARLOS (2005): "Del *Manual de gramática histórica española* a los *Orígenes del español.* La elaboración de una teoría del cambio lingüístico", *NRFH,* LIII, 2, 385-411.

— (2006): "Reseña de Menéndez Pidal, Ramón. *Historia de la lengua española.* 2 vols. Edición de Diego Catalán. Madrid: Real Academia Española/Fundación Menéndez Pidal, 2005", *Revista de Historia de la Lengua Española,* 1, 156-167.

KABATEK, JOHANNES (2005): *Die Bolognesische Renaissance und der Ausbau romanischer Sprachen.* Tübingen: Max Niemeyer Verlag (Beihefte zur Zeitschrift für Romanische Philologie, 321).

LÓPEZ SERENA, ARACELI (2002): "Reseña de Koch, Peter/Oesterreicher, Wulf (1990), *Gesprochene Sprache in der Romania: Französisch, Italienisch, Spanisch*", *Lexis,* XXVI, nº 1, 255-271.

— (2006a): "Teoría lingüística y lingüística histórica en sincronía y diacronía. Aportaciones mutuas", *V Congreso Andaluz de Lingüística General. Homenaje al profesor José Andrés de Molina Redondo.* Granada: Granada Lingvuistiva, 1037-1052.

— (2006b): "La impronta estructuralista de las escuelas de Tubinga y Friburgo. Presente, pasado y futuro de la lingüística de las variedades alemana", en A. Roldán *et al.* (eds.), *Caminos actuales de la historiografía lingüística. Actas del V Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística.* Murcia, 7-11 de noviembre de 2005. Murcia: Universidad, 799-811.

— (2007): "Invitación a la epistemología lingüística. A propósito de Jesús Gerardo Martínez del Castillo, *Los fundamentos de la teoría de Chomsky. Revisión Crítica.* Madrid: Biblioteca Nueva, 2006 (Estudios críticos de literatura)", *Verba,* 24 (en prensa).

PORTOLÉS, JOSÉ (1986): *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo.* Madrid: Cátedra.

RODRÍGUEZ MOLINA, JAVIER (2004): "*In dubio pro codice.* Tiempos compuestos y enmiendas editoriales en el *Poema de Mio Cid*", *BRAE,* t. LXXXIV, cuaderno CCLXXXIX, enero-junio 2004, 131-171.

— (2006): "Tradición manuscrita y gramática histórica: los tiempos compuestos en los textos medievales", en Lola Pons Rodríguez (ed.), *Historia de la Lengua y Crítica Textual.* Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 19-67.

SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, PEDRO (2006): "La lengua como problema en la edición de textos medievales", en R. Santiago *et al.* (eds.), *Tradiciones discursivas: edición de textos orales y escritos.* Madrid: Editorial Complutense, 117-162.

ARACELI LÓPEZ SERENA
Universidad de Sevilla